

JAIME LOPERA · MARTA INÉS BERNAL

LA CULPA ES DE LA VACA ①

Anécdotas, fábulas y reflexiones que
nos invitan a crecer como personas

DIANA

CONTENIDO

Prólogo	11
La culpa es de la vaca.....	15
Asamblea en la carpintería	17
El perrito cojo	19
El águila que nunca fue	21
El juicio.....	23
Las tres rejas	25
La moraleja del soldado	27
Tanto para aprender.....	29
Los obstáculos en nuestro camino	31
La perfección de Dios	33
¿Quién me necesita?	37
Método para achicar la soberbia	39

Dar y perder la vida	41
El mensaje del anillo.....	43
La ranita sorda.....	46
La pregunta más importante	48
Los dos halcones	50
Mi mejor amigo	52
El televisor	53
Fortunas del campo.....	55
La felicidad es el camino	57
Fijar metas altas	59
La parábola del caballo	61
Zanahorias, huevos y café	63
Huellas en el corazón	65
Imaginar soluciones.....	67
Recuerda a quienes sirves.....	68
El eco	70
La señora Vidales	72
Dar para recibir.....	76
Las metas	78
El violín de Paganini.....	80
Lo tuyo y lo mío.....	82

La mariposa perdida	84
El árbol de los problemas.....	86
Empuja la vaquita	88
Armar el mundo.....	91
Sólo con el tiempo.....	93
Copos de nieve	94
Ascender por resultados	95
El gusanito	97
La felicidad escondida	100
Pesimista y optimista.....	102
El círculo del odio	104
La paz perfecta.....	106
La casa imperfecta.....	108
La carreta vacía.....	110
El soldado amigo.....	112
Ganadores y perdedores	113
Todos somos águilas.....	115
Quemar las naves.....	118
El peso del rencor.....	120
Las cicatrices de los clavos	122
Veremos	124

El problema.....	126
El mejor obsequio	128
Matar la creatividad.....	130
El regalo furtivo	132
El vaso, el canal y la fuente	135
Volar o desistir	137
Pan tostado	139
Cómo se mata la creatividad a un niño	141
Las máscaras de la piel.....	144
Amor en el terremoto	147
El violín desafinado.....	149
Amor ciego.....	151
El cuaderno rojo.....	153
Leyes de la espiritualidad en la India	158
Caleidoscopio.....	160
Tus pensamientos, tus realidades	162
El mutismo incómodo	165
Notas y fuentes	167

ASAMBLEA EN LA CARPINTERÍA

Con demasiada frecuencia hacemos caso omiso de nuestras propias fortalezas y nos preocupamos por las debilidades de los demás. Esta fábula nos demuestra que el trabajo en equipo es exitoso cuando aprovecha lo mejor de sus integrantes, sin detenerse en sus aspectos problemáticos.

Hubo en la carpintería una extraña asamblea: las herramientas fueron convocadas para arreglar sus diferencias.

El martillo comenzó por ejercer la presidencia, pero la asamblea le notificó que debía renunciar porque hacía demasiado ruido y se pasaba el tiempo golpeando. El martillo aceptó su culpa, pero pidió que también fuera expulsado el tornillo: había que darle muchas vueltas para que sirviera de algo.

El tornillo aceptó su retiro, pero a su vez pidió la expulsión de la lija: era muy áspera en su trato y siempre tenía fricciones con los demás. La lija estuvo de acuerdo con la condición de que fuera expulsado el metro, pues se la pasaba midiendo a los demás, como si fuera el único perfecto.

En ese momento entró el carpintero, se puso el delantal e inició su trabajo, en el que utilizó alternativamente el martillo, la lija, el metro y el tornillo. Al final, la tosca madera trabajada por él se convirtió en un lindo mueble.

Cuando la carpintería quedó nuevamente sola, la asamblea reanudó la deliberación. Fue entonces cuando tomó la palabra el serrucho, y dijo:

—Señores, ha quedado demostrado que todos tenemos defectos, pero el carpintero trabaja con nuestras cualidades. Eso es lo que nos hace valiosos. Así que no pensemos ya en nuestras debilidades y concentrémonos en nuestras virtudes.

La asamblea encontró entonces que el martillo era fuerte, el tornillo unía y daba solidez, la lija limaba asperezas y el metro era preciso y exacto. Entonces se sintieron como un equipo capaz de producir hermosos muebles, además de apreciar sus fortalezas y de poder trabajar juntos. De ahí en adelante, las diferencias pasaron a un segundo plano.

EL PERRITO COJO

A veces no vemos las dificultades que tienen los demás, pero al conocerlas los comprendemos mejor.

El dueño de una tienda estaba poniendo en la puerta un cartel que decía:

CACHORROS EN VENTA

Como esa clase de anuncios siempre atrae a los niños, de pronto apareció un pequeño y le preguntó:

—¿Cuál es el precio de los perritos?

El dueño contestó:

—Entre \$15.000 y \$50.000.

El niño metió la mano en su bolsillo y sacó unas monedas:

—Solo tengo \$8.500. ¿Puedo verlos?

El hombre sonrió y silbó. De la trastienda salió una perra seguida por cinco perritos, uno de los cuales se quedaba atrás. El niño inmediatamente señaló al cachorrito rezagado.

—¿Qué le pasa a ese perrito? —preguntó.

El hombre le explicó que el animalito tenía la cadera defectuosa y cojearía por el resto de su vida. El niño se emocionó mucho y exclamó:

—¡Ese es el perrito que yo quiero comprar!

Y el hombre replicó:

—No, tú no vas a comprar ese cachorro, si realmente lo quieres, yo te lo regalo.

Y el niño se disgustó y, mirando directo a los ojos del hombre, le dijo:

—No, no quiero que usted me lo regale. Creo que vale tanto como los otros perritos y yo le pagaré el precio completo. De hecho, le voy a dar mis \$8.500 ahora y \$500 cada mes hasta que lo haya pagado todo.

El hombre contestó:

—Hijo, en verdad no querrás comprar ese perrito. Nunca será capaz de correr, saltar y jugar como los otros.

El niño se agachó y levantó su pantalón para mostrar su pierna izquierda, retorcida e inutilizada, soportada por un gran aparato de metal. Miró de nuevo al hombre y le dijo:

—Bueno, yo no puedo correr muy bien tampoco y el perrito necesitará a alguien que lo entienda.

El hombre se mordió el labio y, con sus ojos llenos de lágrimas, dijo:

—Hijo, espero que cada uno de estos cachorritos tenga un dueño como tú².

EL ÁGUILA QUE NUNCA FUE

Si alguien me ha cortado las alas, es probable que nunca pueda volar. No obstante, alguien algún día podrá descubrir mis posibilidades.

Un guerrero indio encontró un huevo de águila en el tope de una montaña y lo colocó junto con los huevos que iban a ser empollados por una gallina. Cuando el momento llegó, los pollitos salieron del cascarón y el aguilucho también. Después de un tiempo aprendió a cacarear y a escarbar la tierra, a buscar lombrices y a subir las ramas más bajas de los árboles, exactamente como lo hacían las otras gallinas.

En consecuencia, la vida del aguilucho transcurría en la conciencia de que era una gallina.

Un día, ya vieja, el águila estaba mirando al cielo y tuvo una visión magnífica. Un pájaro majestuoso volaba en el cielo abierto como si no necesitase hacer el más mínimo esfuerzo. Impresionada, se volvió hacia la gallina más próxima y preguntó:

—¿Qué pájaro es aquel?

La gallina miró hacia arriba y respondió:

—¡Ah! Es el águila dorada, reina de los cielos. Pero no pienses en ella: tú y yo somos de aquí abajo.

Y, así, el águila no miró nunca más hacia arriba y murió en el conocimiento de que era una gallina, pues así había sido tratada siempre³.

EL JUICIO

El virtuoso, con ingenio, puede cambiar las cosas.

Cuenta una antigua leyenda que, en la Edad Media, un hombre muy virtuoso fue injustamente acusado de asesinato. El verdadero culpable era una persona muy influyente del reino y, por eso, desde el primer momento, se procuró hallar un “chivo expiatorio” para encubrirlo.

El acusado fue llevado a juicio y comprendió que tendría escasas oportunidades de escapar a la horca. El juez, aunque también estaba confabulado, se cuidó de mantener todas las apariencias de un juicio justo. Por ello le dijo al acusado:

—Conociendo tu fama de hombre justo, voy a dejar tu suerte en manos de Dios: escribiré en dos papeles separados las palabras “culpable” e “inocente”. Tú escogerás y será la providencia la que decida tu destino.

Por supuesto, el perverso funcionario había preparado dos papeles con la misma leyenda: “Culpable”. La víctima, aun sin conocer los detalles, se dio cuenta de que el sistema era una trampa. Cuando el juez lo con-

minó a tomar uno de los dos papeles, el hombre respiró profundamente y permaneció en silencio unos segundos con los ojos cerrados. Cuando la sala comenzaba ya a impacientarse, abrió los ojos y, con una extraña sonrisa, tomó uno de los papeles y llevándose lo a su boca lo engulló rápidamente.

Sorprendidos e indignados, todos los presentes le reprocharon.

—Pero ¿¡qué ha hecho!? Y ahora ¿cómo diablos vamos a saber cuál es el veredicto?

—Es muy sencillo —replicó el hombre—. Es cuestión de leer el papel que queda y sabremos lo que decía el que me tragué.

Con refunfuños y una bronca muy mal disimulada, los funcionarios debieron liberar al acusado. Jamás volvieron a molestarlo.

LAS TRES REJAS

La censura a los demás debe pasar la prueba de la verdad para que se justifique hacerla.

El joven discípulo de un filósofo sabio llegó a casa de este y le dijo:

—Maestro, un amigo suyo estuvo hablando de usted con malevolencia.

—¡Espera!— lo interrumpió el filósofo. — ¿Ya hiciste pasar por las tres rejas lo que vas a contarme?

— ¿Las tres rejas?

—Sí. La primera es la reja de la verdad. ¿Estás seguro de que lo que quieres decirme es absolutamente cierto?

—No; lo oí comentar a unos vecinos.

—Entonces al menos lo habrás hecho pasar por la segunda reja, que es la bondad. Esto que deseas decirme: ¿es bueno para alguien?

—No; en realidad no. Al contrario...

—¡Vaya! La última reja es la necesidad. ¿Es necesario hacerme saber eso que tanto te inquieta?

—A decir verdad, no.

—Entonces —dijo el sabio sonriendo—, si no es verdadero, ni bueno, ni necesario, sepultémoslo en el olvido.

LA MORALEJA DEL SOLDADO

Ahora que se habla de paz y compromiso, circula esta historia dramática sobre la aceptación de los demás.

Un soldado regresa de la guerra y llama a sus padres, que viven en el campo.

—Papá, mamá, estoy regresando a casa pero tengo un favor que pedirles: un amigo viene conmigo.

—Seguro —responden los padres—. Nos encantará que venga contigo.

—Lo que pasa es que fue seriamente herido en una batalla: pisó una mina quiebrapatas y perdió un brazo y una pierna. Está muy abatido.

—Lo sentimos por ello, hijo. ¿No sería mejor encontrarle un sitio para que viva?

—No mamá, papá: yo quiero que él viva conmigo.

—¿Te das cuenta, hijo, de lo que estás pidiendo? Una persona con esas limitaciones va a ser un peso demasiado grande para nosotros. Tenemos nuestras propias vidas y no podríamos dejar que alguien así las interfiera. ¿Por

qué no te olvidas del amigo y regresas ahora mismo? Te queremos con nosotros. Él encontrará la manera de sobrevivir si lo desea.

Cuando la conversación llega a ese punto, el hijo cuelga el teléfono y sus padres no vuelven a saber nada de su paradero. Sin embargo, una semana después, reciben una llamada de la policía metropolitana: su hijo había fallecido al caer desde una azotea y la policía estimaba que era un suicidio.

Los padres, llorosos y angustiados, vuelan a la capital con el objeto de ir a la morgue e identificar el cuerpo de su hijo. Lo reconocen de inmediato, pero observan —horrorizados— algo que no sabían: su hijo solo tenía un brazo y una pierna.

